

Máscaras de la revolución

*Frida Escalante Paredes**

EL ROSTRO DE ESTEBAN PAREDES TÉLLEZ

Nació el 26 de diciembre de 1904; para 1920 ya había estado en el movimiento revolucionario; perdió su pierna a los 13 años... Hay rostros que no aparecen en los monumentos, de ellos hablaremos en este cuento, de dos personajes que, dicen, se aparecen por la noche como si fueran fuegos artificiales, cuando todos gritan "¡Viva, viva!", y los colores se confunden en el cielo: los verdes, los blancos y los rojos.

Hemos llegado a un lugar de oscuridad en tiempos de la Revolución, donde el cambio es de lucha, de protestas en las matas de maíz que se tornaban color rojo y se confundían con todos los colores, tonalidades de sangre violeta. Se escuchaba que iban a reprimir a los revoltosos, no sabíamos por qué nos estaba tocando este cambio, por eso yo les digo: "ya mañana no me ven, porque si me han de matar mañana, que me maten de una vez". Esta es la historia de los que no tenemos un monumento, de los que también somos la historia; esta es mi vida, la que nunca regresó, la vida de un hombre que encontró la fortaleza. No tenemos rostro pero dentro de nuestra máscara no podíamos permitir que nos siguieran utilizando.

Esteban, Isabel, Luis y Cástula, hermanos separados por la vida en tiempos de la Revolución. Deberíamos dejar este espacio en blanco para que se escribieran nombres que lucharon por la justicia y la libertad.

* Estudiante de la licenciatura en Sociología; asistente del profesor Mario Ortega Olivares, de la UAM-Xochimilco, [juglar_maldito@yahoo.com.mx].

LA VOZ

A veces me daba tristeza que la tierra, que debía de ser nuestra, no nos pertenecía; nos confundían en los matorrales con la cosecha de nuestro trabajo mal pagado, nuestra vida distante de nuestra tierra; era la hora de salir para la sierra a reunirnos con la patria; todos somos Zapata, todos somos Villa, todos somos uno mismo. No era un juego, teníamos que armarnos, y en nuestros campos comenzaban a florecer balas y rifles.

Un día me dijo el hacendado, para quien trabajaba como peón, que agachara la cara, que no quería ver mi rostro cuando yo le hablaba. Estuve ensayando el día en que revelaría la fuerza que me ha causado vivir bajo esta máscara de humillación, y cuando la levanté me di cuenta de que era un dominado y yo estaba todos los días ensayando la rebelión. A mí me daba tanto coraje que hicieran lo que quisieran hasta con nuestras mujeres; en otra ocasión le dijeron a nuestro guía: "¡qué buena se ha puesto su hija!", el viejo le hundió la daga y a la tierra se partía, dicen que era ya todo un general que defendía la igualdad.

Cuando vamos al panteón Dolores, le llevan sus flores otras personas que no son de la familia, unos dicen que vienen desde Torreón, otros de Morelos, una señora me dijo que Don Esteban era un fantasma que nos anda buscando; mientras nosotros vamos preguntando, le preguntan: "¿por qué que se hizo gobierno lo que fue revolución?"; muchos le preguntan a Esteban en su tumba, él les dice que nació donde no se sabe, a veces dice que no conoce su origen, ni de aquí ni de allá; dice que él es una bola de fuego, un perro guadian, el nagual.

Ahora el tiempo ha pasado, estamos ya en 2010, y su hija tiene cáncer, acaba de ser operada, ha perdido su seno y recuerda a Esteban, su padre, que perdió su pierna cuando era un niño.

Le dieron otra oportunidad de hablar, pero ella se siente agobiada de su vida por el dolor, recordar el cáncer de la vida que desde tiempos de la Revolución fue transformando nuestra sociedad.

Esteban tiene un padre capataz que lo azota cada vez que puede; le dice: aquí se viene a trabajar. Les digo que la inteligencia no sé de dónde la heredé por que no creo que mi padre tuviera que golpear para que yo aprendiera; te fuiste y nos dejaste con mi madre.

Su madre se toma de vez en cuando un chinguere de aguardiente, pues siente la carga de sus hijos y la desesperación por no tener qué darles de comer ya que son tiempos de hambre y sequía, así como de niños perdiendo a su familia.

–Tienen que ser valientes –fueron sus palabras– presiento que se vienen tiempos difíciles –y así nos repartió a cada uno con familias diferentes.

Me la pasé trabajando y añoraba el día en que podría escaparme, así que todas las noches miraba por la ventana y salía a dar un paseo; un día ya no regresé.

No sé cómo llegué a la Merced, trabajo como cargador, tengo hambre, voy a comer en la fonda, siempre veo a un general muy fuerte que me gusta imitar porque tiene la seguridad que a mí me hace sentir poderoso.

–¿Qué quieres, chamaco?

–Yo quiero unirme a ti.

–Tienes que trabajar y aguantar la batalla. Ten, toma un poco de marihuana, te dará fuerza y coraje; debes estar dispuesto a sacar corazones y recibirás un entrenamiento militar; eres guapo, muchacho, esos son los que más me gustan. Ignoraba el tono en que lo había dicho, pero la pena que sentí por dentro fue inmensa.

El general me tocó por primera vez, yo sólo tenía hambre y le metí un fuerte golpe con un banco, recuerdo su cara partida, recuerdo la sangre que le corría.

Todos se quedaron en silencio, piensan que al niño lo van a matar. ¿Por qué me decían niño si yo ya era un hombre curtido por el sol que buscaba su trinchera? Mi vida hasta ese momento era una historia de traiciones; ya nada me dolía, estaba calado, como dicen, era un fierro bien afilado.

Me decía la chica que atendía la comida: “vete a otro laredo, corre...”.

La chamaca llora, pero el general le da un golpe en la espalda y lo abraza.

–Eso me gusta, tú eres ya mi hijo. Dime, ¿cómo te llamas?

–Me llamo Esteban –contesté con voz temblorosa–, pero no tengo apellido, me dicen el señor Laredo, tal vez sea porque ando por todos lados.

–Pues te doy mi apellido.

–Ya eres hijo de la revolución, Esteban López–. Sentí bien bonito ser un López.

CÁNCER EN TIEMPOS DE CRISIS

Es una enfermedad como la que se esparce en la historia, no se diagnostica oportunamente debido a la ignorancia, a la deficiente educación médica, a los prejuicios socioculturales y a otros factores como el económico.

Yolanda, la hija de Esteban, ahora está convaleciendo y llora por el origen de sus apellidos sin lugar; ya no tiene el seno derecho, y algunas mujeres, como las adelitas, también lo perdieron por la carga de las balas, por la falta de alimento y por el descuido en la etapa de maternidad.

Con una fiebre que la lleva a vislumbrar la historia, piensa en lo que Esteban dialogaba con Venustiano Carranza, que le decía: “ponte listo, tienes que darte cuenta de que yo te doy los centavos que necesitas para comer”.

Cuando Yolanda encontró una foto de su padre, Esteban, se espantó al encontrar en el tesoro de su padre una foto con Carranza. Su tesoro consistía en una caja de estaño con unos centenarios, y esa foto de miedo. Lo que le intriga es por qué no seguir con Pancho Villa. Esteban le responde: “porque tu mejor amigo es un peso en la bolsa”. Por eso fueron las traiciones, ¡ahí les va este cañonazo, no es tanto, no más tantito, sólo son cincuenta mil!, cómo olvidar.

En Parral, mis recuerdos se llenan de luz, estoy muy contento, cargando mi rifle, pero no es un juego, muchos perdimos el cuerpo y el alma, regresé sin mi pierna. “Apresúrate”, le dije a mi general Carranza “no hay tiempo que perder”, con esa confianza cuando te diriges a los iguales. Le decía como cuando grité por la muerte de Zapata, pero en diferente tono: “¡No vaya, mi comandante, es una emboscada, lo van a traicionar!” , sólo escuché que me dijo que ya me había cargado la fregada. Le pedí que no me dejara morir en manos de la oscuridad del fuego, de los llamados enemigos, pero ya lo vi borroso, desapareció como viento.

Nunca más iba a subir a un caballo; una vida más me convertía en cojo que ya no tenía presencia porque la gente no miraba a los

cojos ni a los mancos, ciegos, muertos. La máscara del cojo no me molestó, la preferí a la de peón.

Ahora ya no sólo era yo, era el pueblo que se revelaba contra el gobierno opresor porque ahora nos conectábamos con la naturaleza, porque el sol era nuestro guía en el día y en la noche, la luna nos daba la luz para encontrar en la oscuridad nuestra reivindicación.

Yo sentía en el alma muchas ganas de gritar, ya no tenía lástima de mí, veía la vida donde la verdad empieza, ya no era un maleante, tenía el orgullo de defender mi tierra.

Había muchos niños que se nos unían porque sus padres caían muertos; no había tanta conciencia, sólo éramos huérfanos que teníamos hambre.

Eso no fue todo, una gran epidemia me llevó a parar en una villa, "Vista hermosa", que ahora refugiaba a los enfermos de cólera y paludismo. El único que nos fue a visitar fue un tal Pancho Villa, y yo le dije: "ónde es la bola, mi general, para darle a esos federales". Sólo desapareció, tal vez sólo fue un fantasma. Escuché voces de Emiliano Zapata sobre el plan de tierra y libertad, y yo me sentía cada vez más preso. Mi madre también supo dónde estaba, era una indigente, qué soldadera ni que nada, pero ella dijo: "no hay de otra, tengo que comer, y, si no me armo, me quitan lo que encuentro de comida, yo sólo soy la mujer de todos y de nadie, sin ustedes ya no soy, sólo un cuerpo que busca para sobrevivir, y ahora sin pierna, hijo, y qué le vas a hacer, ya párate, no te compadezcas, tienes que levantarte, no importa a quien sirvas, todos buscan el poder, tú lo tienes en tus centavos, no se te olvide, no tienes remo, pero tienes un centavo".

Ya no dejo la bebida, nos vemos. Esteban, te queda otra vida. Esa fue la despedida, mi madre desaparecía; sólo me dejó como recuerdo una máscara de colores.

Cuando salgo sólo pienso en mi madre, sin mi pierna, con unos palos como muletas, los líderes me utilizaron para hacer de todo en la Revolución, donde Esteban buscaba sus centavos.

EL PERSONAJE

Cuando mi general Venustiano Carranza me organizó un banquete me sentí todo un personaje porque era un homenaje a los inválidos. Fue en el Castillo de Chapultepec, todo muy elegante. Resulta que la comida tiene muletas, tenedores, cucharas, cuchillos de todos tamaños; contemplé la comida pero no supe cómo usar tanta muleta, apenas podía con las mías; me observó de reojo mi general, entonces se puso a comer con las manos. Me sentí muy libre por no tener que usar tanto trinche.

Llegué preso a Lecumberri, era ratero, era revolucionario o era drogadicto, pero tenía no sólo centavos, tenía oro puro, que lo fui repartiendo, y en nadie se puede confiar, ni en los ancianos; yo les dejé monedas de oro a unos viejitos y me dijeron que sólo tomaron para su pescadito. Tenía ilusión de que mi madre llegaría para darle el oro, pero no se apareció nunca, sólo don Venustiano Carranza, quien también hizo una fortuna, pero yo no tenía nada de lo que él tenía.

Yolanda tiene miedo y dice gritando que de dónde tomaba el dinero, la pobreza es lo peor, pero pobres de espíritu nunca.

Me dieron de baja en el ejército, y sólo me contento con recordar mi admiración por los generales.

Fui un hombre aventurero, no sé ni de dónde vengo, “no me grites”, no soy un pobre cojito, porque me doy cuenta a la primera quién me hace trampa.

Ya después tuve una esposa que se llamó Dolores López Silva, una mujer que tenía mucha fe, la conocí con tres hijos, pero me gustaba que fuera bien trabajadora, con ella tuve otros dos hijos: Adrián López López y Yolanda López López. Quién iba a pensarlo, que en mi destino iba a parar a morir no en la Revolución sino en el mercado de la Lagunilla; si me preguntan, ni me acuerdo, pero mi cuerpo descansa el 14 de abril de 1981. Mis dos hijos son profesionales: médico con especialidad en cáncer de mama, revolucionó los avances para el tratamiento y prevención del cáncer; Yolanda es profesora normalista, una mujer incansable que cambió el borrador y el gis por flores para el futuro en los campos de alumnos. Mis nietas, Alejandra y Frida, egresadas del IPN y la UAM, y mi bisnieta, que ensaya una obra de teatro, *Los niños de la Revolución*. Ni modo, no los conocí, pero me gusta quitarme la

máscara y a veces jugar en el carnaval para bailar por la felicidad de tener un apellido.

EL TREN Y LA MÁSCARA

Los ferrocarriles recorrían a una velocidad increíble el territorio mexicano en tiempos de la Revolución.

En este sueño nos han robado la voz, pero seguimos pensando que el sueño y los recuerdos son los hilos que nos conducen a la memoria. Eulogia González Rocha, de León, Guanajuato, bueno, soy de ahí o eso me dijeron, y pues ya saben, uno anda como hoja al viento.

Quisiera recordar a mi amor, pero no puedo contener las lágrimas.

—No debes de llorar, dicen que las mujeres fuertes no lloran, eso déjasele a los machos.

Uno, por más que diga, pues se enamora. Su nombre es Francisco González, a todos nos dieron un apellido que ya ni recordamos, porque si me pongo a hurgar somos pocos los de la familia con ese apellido.

Había un gran descontento social, tiempos de hambre y sequía, tiempos de gente que perdía su familia, tiempos de fe. Y de la fe tuvieron Eulogia y Francisco ocho hijos, pero, en tiempos de revuelta, a los chamacos los tiene que repartir.

—Ni loca, yo me voy con todos mis hijos. Vámonos para la capital, además el hambre nos convertirá en fantasmas—. Las palabras para Francisco llevan a un lugar donde se tiene que ir a un lugar, así que nos fuimos para la estación de ferrocarriles.

—Ya compré los boletos, vámonos para la capital.

Ya iban en camino con su fe, con sus ocho hijos; por cierto, Francisco comienza a recordar cómo consiguió el dinero al sentir como si estuviera ahí.

Unos bandidos se aproximaron a la milpa, me pidieron que me animara, que sólo tenía que sembrar oro, “para que veas Eulogia, que si escondes nuestro oro, nosotros te vamos a pagar buenos centavos”. Nunca pensé que les escondería tanto oro, pues ¿de dónde lo sacaban? Esa noche no pude dormir, iba de un lado para otro y que me paro en la noche a desenterrar a los muertos y

a los demonios de mis pensamientos. No somos nada, esta milpa que sólo alcanzaba para que sobrevivieran del hambre mis hijos, este oro que me arrancaba el alma porque me hacía sentir tan pobre y miserable. Escuché unos balazos, sólo tenía que tomar el oro como si fuera maíz y regresar a dormir.

Le di a Eulogia una bolsa, “ni te pregunto qué es pero lo guardo en este cofre, lo demás déjalo porque si no te van a matar, ya sabes que nuestra vida es de traición”, y por el cerro de la pila fue entrando a Torreón mi general Pancho Villa. Eulogia le decía a sus hijos “esos son puros bigotes”. Recuerda verle los ojos hermosos y brillantes a su hija María Luisa González Rocha, la preferida por ser la única mujer, quien la cuidaría por siempre.

–Bueno, pues, vámonos porque seremos como peregrinación, es un orgullo que me vean con todos mis hijos.

La amiga de la familia les gritó “¡traidores!”, pero Eulogia seguía caminado con la frente en alto.

Al subir al tren sólo se imaginaban tener una vida nueva; el oro que llevaban prometía esperanza.

Al tener una parada, a Eulogia se le llenó la vista de anhelo al ver tantos dulces para los niños. Francisco sintió la mano de los bandidos, pero sólo eran fantasmas mientras veía que partía el tren y en él se iban su esposa y su fe.

Eulogia quebró en llanto, abrazó con fuerza su cofre, quería aventarlo, imaldito dinero!, fueron los bandidos los que se lo llevaron pero, al mirar los ojos brillantes de su pequeña, recordó que las valientes no deben llorar.

El viento soplaba con fuerza. Eulogia sabía que la vida no había terminado, era el comienzo de una revolución, los niños extrañaban a su padre y el sabor de los dulces de leche.

FACHADAS DE LA CAPITAL

Llegaron a la capital con unas monedas de oro, no había qué comprar, era una ciudad tan diferente a su vida, la gente abandonaba el campo.

La ciudad les quitó el rostro a sus hijos, ya que todos se enfermaron a causa de una epidemia, el oro se acabó, nadie le regresaría la vida de sus hijos, ya no recordaba, sólo abrazó a su hija y

le pedía a la muerte que no se la llevara. Su hija pensaba que sus hermanos habían muerto de tristeza por no tener padre, por no tener más que el oro, que no podía devolver la vida del campo.

María Luisa fue una niña que supo ser fuerte porque su mamá la dejaba para irse a trabajar; encargaba a la niña con una señora que les rentaba un cuarto, terminaba el día con la señora, mientras su mamá trabajaba. La mujer murió por la fatiga.

La niña se quedó sola y regresó a San Felipe Torres Mochas para reunirse con su padre, pero era un lugar donde nadie la recordaba ni tampoco a su familia, parecía que ya todos estaban muertos.

Guillermina, la hija de María Luisa, aún siente los vientos de la Revolución por las historias de su madre, que a su vez ella escuchaba, y era una tradición contar, porque es la voz de otras mujeres, en el agua que se llenaba con la sangre de los muertos, y la memoria se trasmite de voz a voz, de generación en generación, para que nunca olvidemos los rostros del maíz y de la tierra de donde venimos.